ARAUCANÍA
EN 100 PALABRAS

LOS MEJORES 100 CUENTOS DE LA PRIMERA VERSIÓN DEL CONCURSO

ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA PRIMERA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plagio
Agosto de 2020

Selección y Dirección de Arte | Fundación Plagio
Edición | Vicente Braithwaite
Traducción | Francisca Cabral
Diseño | www.triangulo.co / Josefa Méndez
Ilustraciones | @nina_pudu y Karin Pipa

Inscripción n° 2020-A-5276 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-38-5
Tiraje: 10.000 ejemplares
www.araucaniaen100palabras.cl
Impreso en Santiago por Aimpresores

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

ARAUCANÍA
EN 100 PALABRAS

LOS MEJORES 100 CUENTOS DE LA
PRIMERA VERSIÓN DEL CONCURSO

¿Y si también hacemos una versión en mapudungún?

Lo que partió como una idea casi al pasar, terminó transformándose en una gran satisfacción. Ser parte de ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS ya era motivante para Empresas CMPC. Un número importante de nuestro equipo no solo trabaja en la región, sino que también vive en ella, es parte de su desarrollo, comparte con su gente, sus comunidades.

Entonces, si vamos a relatar las historias de sus vidas, sueños y pesares, ¿por qué no hacerlo también en la lengua mapuche?

Llegaron decenas de cuentos, algunos de ellos con toques de misterio, de leyenda, de historias de un pasado glorioso, aguerrido, con héroes, heroínas y superpoderes.

Esta primera vez que una edición del concurso EN 100 PALABRAS incluye relatos en mapudungún hizo que

el debut de ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS mostrara la región tal como es: diversa, colorida, con espacio para el castellano y también para la lengua ancestral.

Chaltu may.

EMPRESAS CMPC

Cuando lanzamos, junto a CMPC, la primera versión de ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS el año 2019, jamás imaginamos que tendríamos una acogida tan potente. Con más de seis mil cuentos recibidos, se transformó en el debut más exitoso en los casi veinte años de historia de nuestros proyectos EN 100 PALABRAS.

A través de la selección de relatos que reúne este libro, provenientes de comunas como Nueva Imperial, Loncoche, Temuco, Pucón, Villarrica, Melipeuco, Lautaro y Lonquimay, tenemos la posibilidad de hacer un recorrido único por los rincones más variados de este territorio en la voz de sus propios habitantes.

La buena recepción del concurso en La Araucanía no solo se vio reflejada en la gran cantidad de personas que escribieron; se vio también en la alta participación en las actividades y talleres de escritura creativa para niños, jóvenes, adultos y adultos mayores que realizamos en bi-

bliotecas, colegios, escuelas rurales, centros culturales y universidades. Agradecemos especialmente a las profesoras y profesores que dieron a conocer esta iniciativa entre sus estudiantes, sin duda fueron esenciales en el éxito de la convocatoria.

Como Fundación Plagio, entendemos que cada región tiene una identidad única y compleja. Es por esto que, por primera vez en un concurso EN 100 PALABRAS, se abrió la opción de enviar cuentos en otro idioma, en este caso, en mapudungún.

En estos momentos de incertidumbre, debido a la pandemia del covid-19, creemos que espacios como ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS tienen cada vez más valor. Si estás leyendo este libro, te invitamos a ser parte de esta comunidad creativa y a escribir cómo has vivido estos últimos meses.

FUNDACIÓN PLAGIO

araucanía en 100 palabras

Recuerdos

Por la ventana se asomaba el verde de los árboles en infinitos cerros. La lluvia golpeaba el vidrio. Contemplando el momento, una mujer de cabello gris, sentada junto a su gato. Sobre la estufa a leña, una cáscara de naranja que inunda con su olor toda la casa. El mate dulce y espumoso. Los tomates recién sacados de la huerta, con un toque de cebolla, cilantro y queso fresco. El aroma del pan caliente, en una once con la abuela. Eso era la felicidad, pensó Sofía, probando un bocado de sushi y recordando su querida Araucanía.

SOL KAECHELE MELLADO, 28 años, Temuco.

Las aves

Cuando en La Araucanía es de noche se ven todos los árboles como personas, pero la diferencia que hay entre las personas y los árboles es que en los árboles se escuchan las voces y los cantos de las aves. Un día, cuando empezaba a amanecer, escuchamos al carpintero martillando un tronco podrido que estaba entre toda la lluvia que había caído esa noche, y después, cuando ya habíamos almorzado, vimos al tiuque agarrando las lombrices y entregándolas a sus pichuelos. Luego nos metimos al bosque y escuchamos al chucao abrirnos paso a su mundo.

PASCUAL LANDETA AVILÉS, 9 años, Pucón.

Siempre hay sorpresas

De lo alto del cerro miraba con nostalgia una araucaria, arrebozada con un chal verde. «Allá va el zorro», decía para sí, «ágil y desconfiado. Duerme cuando el grillo toca su última canción, se levanta con las primeras canciones del zorzal». El zorro caminaba sigilosamente y se detuvo al ver una abeja en una flor. «¿Qué haces?», le preguntó. «Trabajo los días de sol, converso con las flores, celebramos We Tripantu, laboro para mi familia, entrego mi ofrenda al Creador, en los días de invierno voy a la escuela». «¡Por eso cuando llueve no se ven abejas!», pensó el zorro.

DEYANIRA GODOY CONTRERAS, 73 años, Temuco.

¿Piñones y amor?

En la antigüedad se decía que si comías piñones junto a tu pareja bajo una araucaria terminarían juntos por el resto de sus vidas. La verdad esto era solo un mito; lo experimenté con cinco de mis enamorados, pero jamás duramos más de dos años.

MARCELO CASTILLO PARRA, 15 años, Temuco.

El Gringo

Al Gringo le gustaba la gente. No se perdía tocata o manifestación en el San Pancho de la Cato. Hasta que el guanaco lo alcanzó en la última marcha por la equidad de género. De vez en cuando algún estudiante recuerda con cariño al valiente quiltro que luchaba por derechos ajenos y por privilegios que jamás disfrutaría, y que murió abatido en medio de la avenida Alemania, como un perro callejero.

CARLA SEPÚLVEDA DÍAZ, 32 años, Los Sauces.

La vida de mis perritos

Hola, me llamo Aran Rodríguez y soy de Venezuela. Mi mamá se vino primero a Chile y cuando pasaron tres meses y algunos días nos fuimos mi hermana, mi hermano y mi papá. Pero hay un problema, es que mis perros no pudieron venir. Uno se llama Bruno y otro Sasha. A Sasha la regalamos a unos amigos de mi papá. Bruno se quedó en mi casa con amigos de mi papá. Mi mamá lo quiere traer y yo igual. Todavía lo sigo esperando con abrazos.

ARAN RODRÍGUEZ RUIZ, 9 años, Temuco.

2099 txipantu mew

PREMIO AL MEJOR RELATO EN MAPUDUNGÚN

Puliwen witxay Millaray kuze, mülen mu ñi amual kiñe falintun homenake mu, «Tesoro Humano» eymi pigey epu mari txipantu mu ñi inagechi mapuzugufegen mu, mülewelay kake mapuche mapuzugukelu, zew ñamüy chezugun kom mapu mu. Azkintuwüy komütuwe mu, fill tukulpan konpay ñi logko mu, tukulpayefi ñi chuchu ñi epew feychi mawünhkülekechi punh mu fey weza-zuamüy pewmalekenon mu, pünhakonküleken mu ñi gütxümwe mu, feychi kake rumechi konünpan llom-püñmaneyu ñi logko fey tomay kiñe koletiw amukawe: «Universidad de la Frontera mew elafen» pi.

GERARDO CHANDÍA MILLANAO, 24 años, Lonquimay.

En el año 2099

La anciana Millaray despertó temprano. Debía asistir a un homenaje en su honor para ser declarada «Tesoro Humano», por ser la última hablante nativa del mapuzungun. Se miró en el espejo y muchos recuerdos emergieron de su mente: recordó a su compañero lonko, las noches lluviosas y los cuentos que su abuela le contaba. Sintió un remordimiento porque en ciertos momentos le había dado más atención a su celular que a las historias. Mientras esas imágenes recorrían su mente, tomó un colectivo y dijo: «Déjeme en la Universidad de La Frontera, por favor».

El monito del monte perdido

Fuimos de excursión a la montaña. Se estaba haciendo de noche cuando unos ojos brillantes me miraron. Me asusté, pero ellos parecían más asustados. Me acerqué lentamente y vi un pequeño monito del monte muy tierno. No entendí lo que hacía a la orilla del camino, porque son miedosos y escurridizos, pero al ver el bosque incendiado comprendí lo que significa «peligro de extinción».

EMILIO ELGUETA PERALTA, 8 años, Temuco.

Una sola nota desafinada

Recién llegado a Lautaro se acostó en los sofás del Centro Cultural. Con un jockey en la cara buscaba conciliar el sueño, pues quería un momento de calma antes del vehemente festival de teatro. Sin embargo, una voz lo despertó de su letargo. Ese canto parecía venir del otro lado de la cordillera solo para reanimar su extenuado cuerpo. Supo al instante que era ella con quien se sentaría bajo las araucarias a conversar y algo más. «Me gusta muchísimo Spinetta, ¡cantas precioso!» «¡Che, gracias! Justo quería hablar con vos». «Sí, linda, dime». «Tu amigo ese, ¿cómo se llama?».

DANIEL SOTO ESPINOSA, 18 años, Temuco.

El anuncio del Piwchen

Mientras recolectaba los huevos, cantó el Piwchen. Millaray recordó las historias del lonko. Su madre no mejoraba ni con las agüitas milagrosas de la abuela. Cada día empeoraba y el médico de Melipeuco tampoco pudo sanarla. Entonces se convenció de que el Piwchen había visto algo. Seguramente el incendio que arrasó con casi todo el campo había dejado escapar un Wekufe y ese *kutran* solo podía sacarlo la machi Azul, a quien la abuela mandó a buscar. Azul revisó la orina y supo inmediatamente lo que tenía; inició el tratamiento y la mamá de Millaray volvió a ser la misma.

FLORENCIA OVIEDO LIZAMA, 10 años, Temuco.

El Cara de Martillo

Había una vez un joven llamado el Cara de Martillo. Tenía que cumplir condena de tres años y cuando estaba en el penal dijo fuertemente: «Yo me voy cumplido». El Cara de Martillo se quedó cumpliendo condena tres años, aprendió a pulir prendas mapuche y sin quererlo se transformó en el mejor pulidor. Dejó la cárcel sin pantalones de jeans, porque los ocupaba para hacer paños y pulir.

FRANCISCO LAGOS LUENGO, 20 años, Nueva Imperial.

Cuento escrito en una actividad literaria realizada
en el Centro Penitenciario de Nueva Imperial.

Caprichosa

Corríamos como caballos desbocados detrás del heladero. El carro de los cochayuyos siempre me dio mala espina. Cada vez que tomábamos una bocanada de aire para inflar nuestros pulmones, incontables partículas de hollín ingresaban a nuestro torrente sanguíneo. El aire estaba más sucio que de costumbre. Al girar por la esquina, vimos cómo el Mercado Municipal era devorado por el fuego que poco sabe de compasión. Aún no oíamos la sirena de los bomberos y las llamas lamían el cielo. Al levantar la vista, vimos un nubarrón cargado que caprichoso se alejaba sin soltar una sola gota.

JOAQUÍN GIANNELLI BREDFELDT, 31 años, Temuco.

Leña gruesa

Es un buen día para escuchar a Quelentaro: hoy no hay restricción.

CARLOS ÁLVAREZ GÓMEZ, 38 años, Temuco.

El sueño de mi bisabuela

PREMIO AL TALENTO JOVEN

Después de caminar una hora en el cerro Ñielol, por fin encuentro un sitio para leer (tranquilamente) el diario de mi bisabuela, que según mi madre tiene historias mágicas y sobrenaturales, por lo que me siento a los pies de una lenga. Al cabo de un rato, me encuentro con un dibujo muy bello que ilustra a una joven sentada a los pies de un árbol con un libro en sus manos… ¡No puede ser! ¡Soy yo! La nota del dibujo dice: «Hoy soñé que mi futura bisnieta leía mi diario a los pies de esta bella lenga».

ARATXA ESPINOZA ASCENCIO, 16 años, Lautaro.

Está «tomao»

«Pónganlo con la cabeza hacia el oriente *pa* que el Antü le brinde luz de vida», indica la machi Dominga. Mientras, seis hombres por la derecha y seis por la izquierda forman un cortejo protector. A la cabecera, dos capitanes ofician la guardia. La dualidad universal está presente simbólicamente siempre. «Comenzaremos a las doce en punto. Veremos que a la medianoche saldrán todos los males y los espíritus que lo tienen *tomao*», argumenta con solidez la machi. Al siguiente amanecer el enfermo ya tiene mejor color. El efecto del cuchillo, del *rewe*, las hierbas y la *santiguá* consiguieron el salvamento.

SANDRA DÍAZ AQUEVEQUE, 54 años, Temuco.

Nahuelbuta profundo

Dicen que se lo comió el cerro, se lo tragó la niebla. Murió en el Huenocolle, lo más alto de la cordillera de Nahuelbuta, soñando con la pesca, changles y gargales. Rapaz y hermoso como un traro, el frío congeló sus puntos cardinales. Se perdió en su experiencia, confiado. «Hay tiempo», decía. En lo profundo, un silbido lo llamaba, lo arrinconaba. Se confundían el rocío y el sudor, el miedo calando sus huesos y el presentimiento de unos pasos furtivos, al acecho. Lo encontraron casi dos días después, dentro de un tronco ahuecado, impregnado de cordillera, de la profunda Nahuelbuta.

HÉCTOR SANHUEZA TOLOZA, 34 años, Purén.

El picaflor diminuto

Hace mucho tiempo había una familia que vivía en un lugar llamado Alto Pinar. Un día un picaflor muy pero muy pequeño entró por la cerradura de la cocina y se golpeó su pico y cayó al suelo. La pequeña Kallfü encontró al picaflor tirado en el suelo. Tomó al diminuto picaflor y lo puso en una caja, lo cuidó tiernamente, pero su piquito no sanaba. Le dio hierbas medicinales pero su piquito no sanaba. La niña llevó al picaflor con una machi, esta le dio una ramita de coihue y el picaflor se la comió y su piquito sanó.

FRANCISCA FARÍAS CASTILLO, 8 años, Pucón.

La comerciante

Estaba nublado, pero hacía un calor húmedo y sofocante. El ruido de los autos le provocaba un punzante dolor de cabeza. Se pasó una mano morena por la frente, quitando el sudor que corría; no sabía si era por lo débil de su cuerpo o por el calor del día. Avanzó por el paso cebra, junto a la multitud. Miró una esquina y se ubicó. Su migraña no mejoró con el grito de los comerciantes ofreciendo sus productos, pero su voz se unió a ellos. Ignoró el dolor de cabeza y siguió intentando vender, debía hacerlo si quería comer algo.

KARINA GUTIÉRREZ HENRÍQUEZ, 18 años, Temuco.

La imaginación del hombre caballo

Galopando hacia el frente, en el centro de Temuco, se oía relinchar un fuerte corcel. Era tan rápido como el viento, sus relinchidos se oían altos, como un estruendo. En todo Temuco se oían, los edificios se derrumbaban con su poder. Clap, clap, clap, se oía en el pavimento, las herraduras se aproximaban. En el horizonte venía un caballo blanco y legendario, corriendo hacia adelante. Muchos no podían creer su belleza y gran fortaleza, como un relámpago avanzaba el corcel. Un día se recostó y miró hacia el cielo, ya viejo y cansado, en hombre se convirtió y siguió relinchando.

SEBASTIÁN BARENDS FONTENA, 17 años, Temuco.

El secreto de Temuco

Un día hubo un pequeño temblor que espantó a varios animales de una granja. En ese momento despertó la curiosidad de un niño llamado Steve, quien un día de escuela les habló a sus amigos de lo ocurrido y les contó las teorías que tenía. Nunca imaginaron lo que en realidad ocurrió. Una noche, cuando Steve fue a casa de Jonatan en bicicleta, vio unas camionetas voladoras que siguió hasta llegar a un laboratorio escondido donde había muchos animales transformados genéticamente. Ambos nunca lograron salir de ahí.

YULIANA JAQUE GUÍÑEZ, 13 años, Temuco.

Marcos y Carolina

Marcos trabaja como corpóreo de Mickey en calle Bulnes. Su esposa, Carolina, trabaja como corpóreo de la Pantera Rosa en calle Rodríguez. Al atardecer, al término de la jornada, él la espera sentado en un banco de la plaza con una flor amarilla en la mano. Ella lo mira entre las largas pestañas de la pantera mientras cae una lenta lluvia de promesas y complicidades. En medio del lejano ruido de las sirenas de los bomberos se pierden, de la mano, bajando una calle. Vuelta a casa como si fuera el final de un capítulo especial de Disney.

MARCELO SEGUEL BON, 56 años, Temuco.

De espaldas

Había un agujero pequeño que me llamó la atención, por ahí se filtraba una brisa calma que acariciaba mis muslos desnudos. Él estaba de espaldas, ignorando la seudo-complicidad que nos sometía a ambos, desarticulando mi idea de amor y fomentando ese vacío infinito que quizás ambos teníamos. Me levanté de la cama, no dijo nada. Me vestí, no dijo nada. Me puse los audífonos y lo vi decirme algo con la mirada, con los labios, con las manos, pero ya era muy tarde, yo ya me iba.

INÉS ARAVENA RIFFO, 27 años, Temuco.

Tu ausencia

El camino áspero, por el ripio, hizo lento el andar. Vi siembras verdes y, a la distancia, las casas de madera con un hilo de humo. Es que ir a verte hizo inevitable sentir el olor de las sopaipillas y de asado al palo. Pero más inevitable fue recibir aquella invitación. Era nuestra última comida recordando y añorando el olor a humo, mudai y caminatas en el bosque. Frente a la cama que te llevaría a la Ñuke Mapu, tomé el vaso de vino, bebí un sorbo, cerré los ojos y agradecí los recuerdos a raíz de tu ausencia.

CAROL PAILAHUEQUE SOLÍS, 36 años, Victoria.

Memoria auditiva

PRIMER LUGAR

Lo último que escuchó fue el golpe seco y ardiente, como aguijón. Antes fue el silbido de la bala y antes de eso su propia voz: «Peñi, agáchese, están disparando». Antes de eso, el motor del tractor, y antes fueron voces hablando por radio y el vuelo de un helicóptero. Después del golpe, silencio. Ahora, a lo lejos, escucha el crujir del fogón y la voz de su abuela materna, su chuchu, que canta como cuando era niño.

CECILIA GARCÍA MONGE, 57 años, Villarrica.

Ilustración de Karin Pipa.

Cautín

Como siempre, abrió su local y observó atentamente sus trabajos. Se preparó un café, saludó al vecino, y el olor a prietas cocidas y cuero curtido lo volvieron a inspirar. Se sentó, tomó una tabla y junto a su herramienta favorita, su pincel, como él le decía, comenzó a dibujar. Dibujó un río poderoso pero de aguas apacibles, tal cual lo describió en sus cartas el tocayo colonizador. Pedro incorporaría al dibujo el puente ferroviario y también el otro puente, quemando diestramente la tabla con su cautín eléctrico. Todo aquello mientras la gente ya deambulaba por el Mercado Municipal.

SIGISFREDO SANDOVAL SANDOVAL, 39 años, Temuco.

El regreso del sol

Cuando transportaban enormes fardos de cochayuyo, en una desvencijada y vieja carreta, la yunta de bueyes overo colorado, Ñachi y Picoyo, intempestivamente se detuvo, negándose a avanzar colina arriba. Pese a que fueron azuzados con la aguijada, permanecieron inmóviles, como estatuas oblicuas. No es que les molestara su pesada carga, a la cual estaban acostumbrados, ni el ceñido yugo de nogal sobre sus cabezas; tampoco algún clavo, espina o pedrusco incrustado en sus pezuñas, sino que el resplandor del solsticio invernal los había embelesado, mientras un sorprendente y repentino herbecer los rodeaba, floreciendo los sargazos al ritmo del gorjeo astral.

JUAN ROSAS CISTERNAS, 57 años, Villarrica.

Mi tía Chela

A mis cinco años, tía Chela me adoraba. Siempre olía a remedio y tenía una «apariencia de santo», como decía mi mamá. Papá decía: «Ella jamás pierde el control». Solita y vecina nuestra, venía diariamente a casa. Mamá valoraba ese gesto; ayudaba en quehaceres domésticos y me enseñaba a leer. Papá la retaba. Ella callaba y bajaba la cabeza. Un día alojé en casa de la tía. Ella estaba en el baño; cuando abrí el velador cayeron unas botellas. Entonces sentí el olor a «remedio» y entendí el comentario de papá. Con mi precaria lectura leí: «Pisco Control».

LIDIA HERNÁNDEZ CARO, 75 años, Temuco.

Mi peor enemigo

Llegué a mi casa todo empapado, y ahí estaba él, mi peor enemigo, atacando vorazmente mi pie: el calcetín mojado.

MATEO SILVA MUÑOZ, 18 años, Temuco.

El Chinche

Lo conocí en la cárcel de Temuco, módulo 2-4, para primerizos no reincidentes. No recuerdo su nombre. Le decíamos Chinche, porque le faltaban todos los incisivos. Gangoseaba al hablar. Lo soltaron cuando se dieron cuenta de que no era imputable, por retraso mental. Lo trajeron de vuelta después de unos meses, mucho más flaco. Después me soltaron. Ya son diez años de esto. Lo veo seguido mendigando por calle Prat. A veces está todo golpeado. La libertad le ha hecho pésimo. Le doy dinero cuando tengo. No conozco a nadie que esté más cagado.

ROBERTO HADI VERGARA, 36 años, Temuco.

Cerro Ñielol

Con las llamas, parecía que los árboles cobraban vida; y entre el humo y la lava, los antiguos espíritus fundadores bajaban lentamente, sin prisa, a observar la caótica y apresurada vida temuquense.

JOSELYN SEPÚLVEDA SALGADO, 21 años, Temuco.

Un viaje y un mate

Desde mi banca de coligües alcanzo a ver el vapor y con él flota hasta mis oídos el chirriar de los frenos. Por las venas de La Araucanía corren rieles de vida, se encuentran pueblos pujantes. Extranjeros y locales se mezclan. Negocios, amores y familias proliferan. Parece que huelo los panes amasados que vende Rosita en la esquina, cuando don Teo llama al embarque; «¡Saliendo a Victoria!», grita con tesón, y un silbato profundo y tibio me despierta de este dulce sopor. Cómo extraño aquellos años, pienso, mientras levanto la tetera del fuego y preparo un mate.

BÁRBARA GODFRAY BAHAMONDE, 37 años, Villarrica.

Carrito de completos

Apareció un carrito de completos afuera de mi liceo. Cuando pregunté por un italiano me dijeron que no tenía palta porque el kilo estaba muy caro y no les salía a cuenta.

VICENTE SEGURA ESCOBAR, 17 años, Temuco.

Conocimiento empírico

Caminaba el largo y tortuoso camino desde Rapaquito hacia Curacautín. Tomé un atajo. A poco de caminar sentí que la tierra temblaba y un ruido que me paralizó. Aterrorizado vi un gran número de vacunos que se acercaban veloces. Se detuvieron resoplando cerca de mí. Junto con rezar, me quité nervioso el abrigo. Eso los hizo retroceder. Giré entonces en círculos mi abrigo y corrí en busca de una salida, sintiendo el ruido aterrador de docenas de animales corriendo tras de mí. Terrible susto. Lugareños me informaron: son animales criados en la cordillera y ver personas les causa curiosidad.

AMÉRICO BASCOUR PINO, 80 años, Temuco.

Pañoleta

Siete de la mañana. Iba al trabajo. Hacía frío, me abrigué la cara con una pañoleta. Pasé frente a la Ufro. Había barricadas. Llegó la micro, el guanaco y el zorrillo. Me subieron. Me costó convencerlos de que yo manejaba una retroexcavadora en Nueva Imperial. Tuve que hacer la mímica de que manejaba la máquina. Me soltaron a las seis de la tarde de la Segunda Comisaría.

EDGARDO MILLÁN POBLETE, 30 años, Galvarino.

Wenulikan

Wenulikan, un curioso niño de cinco años de edad, se encontraba alrededor de un fogón en compañía de su abuelo Jorge, su tata, como cariñosamente le decía. Jorge le contaba a su nieto acerca de la visión mapuche y cómo esta se plasma en el *kultrun*. Lo que más impresionó a Wenulikan fue la historia de su bisabuela Olga, la machi de la comunidad, quien utilizaba el *kultrun* en las ceremonias para conectarse con los ancestros y así agradecer, pedir y hasta sanar algún tipo de enfermedad. Wenulikan empezó a ver el mundo de manera distinta desde aquella tarde.

VICENTE VALDÉS ZÁRATE, 12 años, Temuco.

La ñaña

MENCIÓN HONROSA

Nadie conocía su historia, solo se sabía que vivía en el campo, junto a su huerta, unas gallinas y un par de ovejas. Vestía siempre su primaveral delantal y le colgaban por la espalda unas largas trenzas grises con olor a harina recién tostada. Las grietas de sus manos incesantes estaban teñidas por trabajar la tierra. Visitaba a menudo el centro, esperando que sus hortalizas se fueran antes de que se la llevaran a ella.

REBECA TRARUPIL GONZÁLEZ, 29 años, Nueva Imperial.

Mi sur querido

En Puerto Domínguez, cerca del lago, vive mi *ñuke*. Ella me prepara ricas tortillas que llevo de colación al colegio. En primavera tiramos palos a los hualles, sacamos digueñes para vender, mientras caminamos a buscar los bueyes con mi tío Checo. A lo lejos se ven los chupones que me dejan las manos arañadas. El palo y el alicate son de gran ayuda. También salimos a buscar murtillas para los ricos dulces. A veces el gallo me despierta temprano y con mis primos salimos a buscar huevos para el desayuno. Mientras pasamos por la ruca las pulgas nos pican.

DANIELA PINCHEIRA CONCHA, 15 años, Nueva Imperial.

El regreso de Pehuen

Entre volcanes y araucarias, troncos de corteza gruesa, piñones en el agua, se encuentra un pequeño pueblo llamado Los Ñirres o «zorros» en mapuzungun. Aquí vivía Pehuen, el único amigo de cuatro patas de la cordillera; juguetón, blanco como el Llaima y querido por todos. Pero una mañana de invierno Pehuen no estaba bajo el ciprés donde dormía. Los vecinos, angustiados, salieron en su búsqueda por varios días, semanas y meses. Una mañana soleada, cuando el roble comienza a florecer y las torcazas alegran la mañana, unos ladridos llenaban el pueblo. Era Pehuen, que había regresado con sus amigos cumpeos.

MAXIMILIANO SÁNCHEZ SEPÚLVEDA, 9 años, Temuco.

Amuayu Warya mew

Kiñe rupa mülerkefuy kiñe püchiche pülletu Temuko warya mew. Tüfachi püchi kona kimkelafuy warya, lelfün mew müten txemi ka chillkatukefuy. Mary txipantu puwlu, feypi ni ñuke: «Müñetuaymi, wüle puliwen mew amuayu warya mew, gillameaiñ zapatu». Müñetuy ti püchi wentxu, welu pepi ümawtulay feychi pun mew. Fentxen rakizuam akuy ñi logko mew ti püchi kona, püchi llükalerkefuy, ka püchi ayüwkülerkefuy, waychüfwaychüfi ñi gütantu mew, welu ümawtulay. Petu ñi txipanon antü, ülkantuy ti alka. Pürüm müten witxay ti ñuke, üyümi kütxal, feymew, «nepege chachay» feypipi ñi püñeñ. «Zew nepelen ñuke, püchi ümawtulan rume, welu üyew warya mew, mülepelay chew tañi ümawtual».

ÁLVARO MARIANO JOFRÉ, 32 años, Temuco.

Iremos a la ciudad

Había una vez un pequeño que vivía cerca de Temuco. Este niño no conocía la ciudad. Él se había criado y había estudiado en el campo. Cuando cumplió los diez años, su madre le dijo lo siguiente: «Báñate, mañana por la mañana iremos a la ciudad a comprar zapatos». El niño se bañó, pero esa noche no pudo dormir. Aún no caía el alba y luego cantó el gallo. La madre se levantó enseguida, encendió el fuego y luego le dijo a su hijo: «Despierta, pequeño», y el niño dijo: «Ya estoy despierto, mamá, no dormí nada, pero en la ciudad imagino que hay donde dormir».

El cuñado

Aún recuerdo nítidamente el dolor que me causó el Pilquinao con el cabezazo cargado de rabia que me propinó. El hombre tenía fama de iracundo, lo que no impidió que yo osara decirle que me casaría con su hermana. Dicen que dormí como media hora. Al despertar, Rayén me tenía tomada la mano y el Pilqui me miraba con cara de pocos amigos. Me incorporé como pude. Aún mareado por semejante golpe, me acerqué a Pilquinao y le dije: «Entonces, Pilqui, abramos esa chicha que tienes guardada y celebremos, celebremos que aguantó mi cabeza y que tú tendrás otro cuñado».

CRISTIÁN ÁLVAREZ AVENDAÑO, 48 años, Temuco.

La época de la madera y el Anchimallen

Aquel día, como cualquier otro, la faena comenzó con los incipientes rayos del sol. Las yuntas arrebozadas con cientos de durmientes comenzaban a bajar por el camino de Martini hasta puerto Coñaripe, río Challupen y Lican Ray. El vapor como nunca antes, pletórico, surcó las aguas del lago. El Anchimallen, la barcaza de silbido inconfundible, zarpaba junto con las primeras gotas de lluvia. A medio día, la furia desatada en cataclismo de tormenta, vio truncado todo esfuerzo de sobrevivencia. En noches estrelladas, los espíritus navegando pueden vislumbrarse, adentrados en el Calafquen, bajo la mirada infinita del Rukapillan, testigo eterno.

RAFAEL LANYON CERDA, 40 años, Temuco.

Mi abuelo

En ese tiempo cruzábamos el río en bote, nos llamaban «balseros», ganábamos buenas lucas, traíamos de allá arriba buena madera, hijo. El río era correntoso, no como ahora, que no trae *na*. Con eso tu mamita pudo estudiar y tener ropita, no era mucho pero pucha que servía. La gente nos esperaba por allá en la orilla, donde vivía tu tío antes, y nos encargaba leña, aunque nosotros hacíamos de todo. Ser balseros era como ir a pescar. Mi viejito nos enseñó de todo, siempre nos decía: «Si no saben lo básico, cómo esperan sobrevivir». Muy sabio mi viejo.

HANS ROSS SILLS, 23 años, Renaico.

Rucamanque

El padre picaba tierra bajo el sol matutino de Rucamanque, nosotros espantábamos las moscas que sobrevolaban la fruta deshidratada y la madre calentaba agua en la cocina a leña, recordando que anoche habíamos sido visitados por el león de la montaña, que luego de unos fuertes rugidos y paseos debajo de la casa se despidió dejando huellas a su andar bajo la luz de la luna creciente. De pronto se desplomó encima de la leña. El ronroneo de su gatito le hizo pensar que el león había vuelto y, al darse cuenta, rio estrepitosamente y comenzó a chupar su mate.

NATACHA CAMPOS VALENZUELA, 31 años, Temuco.

Embotellamiento en el puente

Sobre el río Cautín vamos apretados y cansados tras un día laboral menos. La micro se detiene y todos estiran sus cuellos con una desganada curiosidad. El pan se enfría en la bolsa, mientras el carretón avanza con libertad de riendas.

MIRNA SANDOVAL MORALES, 40 años, Padre Las Casas.

El Chacal

Schwarzenegger no es grande ni musculoso, su ladrido da de todo menos miedo. Le llaman el Chacal de parque Estadio. Dentro de casa les obedece a todos, pero afuera a nadie. Una vez salí de casa para ir al supermercado y se escapó. Me siguió, lo reté para que se devolviera, pero no me hizo caso, así que corrí, me escondí y no me encontró. Luego, estando en la fila, escuché el grito de los guardias. Schwarzenegger iba corriendo hacia mí. Un guardia se acercó y me preguntó: «¿Es suyo el perro?», y yo, muerto de vergüenza, respondí: «Parece».

DIEGO ANDAUR LEIVA, 13 años, Temuco.

Par o nones

De regreso a casa a pie desde el monte Müller, le manifesté a mi papá lo cansado que iba, y él, no pudiendo llevarme «en acha», pues cargaba un atado de coligües, me propuso que jugáramos al par o nones las avellanas que cada cual había recolectado. Me faltó trayecto para ganarle casi toda su bolsa, mientras que la mía se llenaba de avellanas a cada paso que daba sin siquiera notarlo… Psicología de padre, no más, para con un *weñi* de cinco años.

CARLOS GRANDÓN CASTRO, 69 años, Victoria.

Tué tué

Por las noches en el campo de mi abuela siempre se escuchaban sonidos. Cansados de la situación, mi tata gritó: «Si tanto te gusta molestar, ven mañana *pa* arreglar las cosas». Al día siguiente, en la tarde, llegó un señor que dijo: «Arreglemos las cosas».

VALENTINA VALLEJOS ILLANES, 15 años, Temuco.

Calzones rotos

MENCIÓN HONROSA

El príncipe Felipe fue a pescar a Pucón. La reina Isabel II quedó deslumbrada con los paisajes, no así con los cerdos que atravesaron el aeródromo antes del aterrizaje. La pesca no tuvo éxito, así que fueron por unos piscos sour. La reina, al verlo llegar con los ojos achispados, borró su sonrisa. El agasajo incluyó un «asaíto». «*What?*», preguntó el príncipe. «*A barbecue, Sir*». La reina ni miró la carne, pero le encantaron los calzones rotos. «*What?*», exclamó. «*Ripped underwear, my Queen*». Desde entonces, su risa se escucha por los pasillos del hotel cada vez que recuerda el postre.

JASON MALDONADO SKRAINKA, 46 años, Pucón.

Ayelén

Ayelén, una niña mapuche, estaba observando las flores en el bosque mientras recordaba las palabras de su abuela: «Siempre cuida las flores». De repente vio una hermosa flor nunca antes vista a punto de secarse. Ella no se entristeció, pues decidió cuidar esa flor hasta que se mejorara. Así, día tras día, iba a regar la flor, hasta que una mañana, sorprendida, vio que la flor no estaba. Ayelén no sabía qué había ocurrido con la *rayen* (flor). Al salir de su casa sintió el espíritu de su abuela que le decía: «Gracias por liberarme».

MICHELLE SALAZAR ORTEGA, 11 años, Collipulli.

Los bueyes

Los bueyes se arrastran silenciosos hacia sus casas. No hace falta decirles nada. En su secreto está escrita la ruta completa, que lleva y trae con paciencia larga, de un lado a otro, a los viejos, borrachos, contentos o enamorados. Son testigos mudos del paso del tiempo, reemplazados por bueyes de caucho y negrura espesa. Los bueyes son tíos eternos.

JUAN ITURRIAGA BRITO, 27 años, Angol.

Pluviómetro

Estaba bonita la tarde, hacía calor como cualquier día de enero. Cuando salí a barrer la vereda vi la carreta tirada por dos bueyes. Entonces mi mami dijo: «Jodimos, no hay viaje al río el fin de semana». No le entendí. Ahora, mirando por la ventana, mientras la lluvia cae como si fuera invierno, sé que es verdad: las carretas de cochayuyo que vienen de la costa siempre traen lluvia. ¿Será porque tienen sal o porque las sigue el vapor del mar?

DANTE PÁVEZ LONCÓN, 43 años, Padre Las Casas.

La brisca deja ciego

Chávez desenfundó el naipe. Enfrente, Varela se frotaba las manos. Hacían collera contra Salinas y Parada. Las botellas estaban llenas. Mientras repartían las cartas y se sacaba el triunfo, se llenaban los vasos. La contienda fue pareja y larga. Parada ya estaba caído sobre el respaldo de la silla, durmiendo. Varela se paró rápido y sigiloso para apagar la luz. Quedó todo negro. Volvió a tientas y sin hacer ruido. Se sentó, golpeó la mesa y dijo fuerte: «¡Tengo el cuarenta!» Parada despertó, abrió los ojos, no vio nada, se paró, dio vuelta la mesa y gritó: «¡He quedado ciego!».

VÍCTOR CHÁVEZ VARELA, 36 años, Angol.

El camino de Txeng Txeng

Uno de los tramos que más le gustó a Zunduri fue el camino entre Temuco y Puerto Saavedra, no tan solo por el paisaje y esa combinación entre lo rural y lo urbano, lo antiguo y lo moderno, sino también por esa transición entre el ruido de máquinas y el sonido del mar, el viento y las aves que vuelan cerca de la playa, aquel largo camino entre curvas zigzagueantes, subidas y bajadas que terminan en un enfrentamiento entre la tierra y el mar, como aquella lucha mitológica que los abuelos contaban, entre esas grandes serpientes que lo cambiaron todo.

DANIEL ESTRADA TORO, 31 años, Temuco.

Notas de blues

Todos los días se instala afuera de la Gran Tienda y sopla su armónica intensamente, como si la ciudad entera respirara a través de sus pulmones. Ciego de nacimiento, sus ojos miran al vacío, reflejando a cada transeúnte que pasa por su lado sin mirarlo. Su barba, amarillenta por la nicotina, parece esconder su instrumento; parece ser él mismo un instrumento, su música. Cuando cae la tarde ya no está, se esfuma como una sombra. En el pavimento queda una caja con algunas monedas y en el aire unas notas de blues que se confunden con el ruido del tráfico.

HÉCTOR SANHUEZA TOLOZA, 34 años, Purén.

Cochayuyeros

En los adoquines que le sirven de colchón, bajo su carreta cargada de cochayuyos, junto a la línea férrea en calle Imperial: así espera Meñaco que aclare el día para ofrecer a viva voz sus productos en la urbe, con la esperanza de volver con azúcar, un saco de yerba mate y un poco de cuyín a Tirúa. Su niño, el «del medio», toma mate caliente con pan amasado. Hace mucho frío esta mañana en Temuco. Los bueyes sueltos en la plaza rumen el pasto empapado de rocío. Me desplazo lentamente, impregnándome de una extraña sensación en mi interior.

MARÍA PARRA CARRASCO, 45 años, Temuco.

Astrolabio

Alejados de la ciudad, se extendían los altos del cerro Ñielol. Donde las luces plásticas del hombre no llegaban, se realizaba un antiguo ritual. Una danza pagana que desafiaba al dios del español. Seres vestidos con velos negros y rostros cubiertos saltaban alrededor del objeto. Poco a poco se iban acercando, apegaban sus rostros sin máscaras al metal y se regocijaban de su helada piel. Entonaban cantos incomprensibles y se bañaban en la tierra suelta del sagrado lugar. Seguían un punto blanco en el cielo, cada vez más grande y luminoso. Cada vez más intimidante.

JUAN FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, 26 años, Temuco.

Realidades

Se sintió un cálido viento al abrirse las puertas del bus en el terminal de Lautaro. Mi puesto estaba detrás de una niña con no más de diez años, piel morena, vestido rosa y dos largas trenzas con cintas blancas. Me causó curiosidad el que fuera sola, por lo que decidí mover mi asiento a su lado. Me miró inocente y sonrió. Pregunté: «¿Dónde bajas?» Ella no respondió; en su lugar, sacó una caja por debajo de su asiento, se levantó de este, luego pasó por cada puesto dejando en las manos de los pasajeros una tira de parchecuritas.

BELEN GALLARDO SANDOVAL, 13 años, Padre Las Casas.

Travesía hacia la Novena Región

Esto le sucedió a mi bisabuelo en el año 1926. Junto a sus padres y sus diez hermanos atravesaron la cordillera de Nahuelbuta hacia la Novena Región en un viaje lleno de penurias, en una precaria carreta tirada por bueyes que fue adaptada para la numerosa familia. La decisión de emigrar, dejando tierras y bienes, se debió a la invasión de bandoleros que asolaron la región, robando y llevándose mujeres. La hermana mayor de mi bisabuelo fue raptada por los bandidos. Con ese dolor mis tatarabuelos llegaron a la Novena Región, específicamente a Pitrufquén, donde se establecieron.

DANIEL SEPÚLVEDA FIGUEROA, 13 años, Padre Las Casas.

Más de un siglo

Juan Cayupi permanecía erguido, llevaba tres horas montado sobre su plomizo caballo Fantasma. Como dictaba una vieja costumbre, no descendería de él hasta que el dueño de la ruka saliera a recibirlo. Los autos pitaban a espaldas del «invasor» que osaba estar montado en pleno Bulnes frente a la Intendencia. «El intendente no va a volver», le dijo el carabinero Neculman. Cayupi lo miró; antaño ambos estuvieron del mismo lado, en Füta Malón, según le contaba su abuelo. «Amigo, dígale al intendente que aquí estuvimos, aquí estamos y aquí estaremos». Hábilmente giró las riendas de Fantasma, enfilando al Kagtün.

RICARDO CORDERO YÁÑEZ, 47 años, Temuco.

Hora de clases

El chico se levanta apurado. Se arregla y sale. Corre desesperado, debe llegar pronto. Las bestias intentan derribarlo, pero el chico no cede. Nadie podrá derribarlo. Toma el tren. Monstruos de aspectos extraños lo intimidan, pero él resiste. Sigue corriendo, sin mirar atrás ni detenerse. Pasa una reja de hierro. Suena el timbre. Hora de entrar a clases. Se arregla el pelo y sigue caminando. Después de todo, solo es un estudiante.

EDUARDO MOLINA CASTRO, 18 años, Temuco.

Incruento combate

Dicen que el Cayupe y el Quintrileo pretenden a la Margarita Cabrapan. Como ella no se decide, se desafiaron para eliminar a un pretendiente. Una tarde, ante varios testigos, los dos contendores comenzaron a mirarse fijamente a los ojos como lo hace el puma con la huiña. Dicen que así lo hacen hasta que uno de los dos cae: si es el puma, la huiña se salva, y si esta cae, el puma la caza. Me dijeron que cuando Quintrileo cayó, triunfante el Cayupe se dirigió donde la Margarita. Dijo, dicen, dijeron: «*Kûme dungu*» (nunca debe derramarse sangre entre peñis).

FLORENTINO MORALES CUEVAS, 83 años, Angol.

Araucanía Mountain Bike Tour

Los ciclistas no daban más, había empezado a nevar en la montaña y a la hora y media de competencia comenzó la ventisca. Ella iba cabeza gacha tratando de volver a Cunco antes que las contrincantes. En la zona de abastecimiento vio bicis abandonadas, más abajo pasó una ambulancia con las balizas encendidas. No sentía las manos ni los pies, pero no paró: se había cruzado con un chucao que le había trinado largo y sereno (los viejos dicen que es buena suerte). La mitad de los competidores renunció, muchos terminaron en el hospital. Ella ganó la competencia.

CONSUELO RIQUELME ROSAS, 33 años, Villarrica.

Mi compañero, el boldo

En una pequeña localidad llamada Chol Chol vivía una niña llamada Panchita. Ella recorría largos kilómetros para llegar a su escuelita rural. Muchas veces el invierno era muy crudo. Su mejor compañero era un gran boldo que la protegía, sobre todo de los truenos, a los que ella tanto miedo tenía. Sus padres, viendo el sacrificio que Panchita hacía para estudiar, tomaron la decisión de trasladarla a la ciudad para que terminara sus estudios; sin embargo, para que recordara las raíces de su vida en el campo, le regalaron un boldo que la acompañó en sus siguientes años en Temuco.

DANAE HUILCÁN HUENULAF, 17 años, Temuco.

Coqueteo

Dicen que cuando se posa un sombrero encima del volcán es porque lloverá al otro día. Rukapillan, tan caballero, se alista con su mejor atuendo para recibir a la bella y fría lluvia.

LORENA LIRA UGARTE, 45 años, Villarrica.

El fantasma

Ariel conoce tanto esta ciudad, hasta los hoyos de cada camino. Le gusta más el barrio Estación y la feria, porque tienen más vida y movimiento. Ha recorrido sus calles una y otra vez. Cuando siente cansancio, se duerme en una plaza o en un refugio improvisado, aferrado a una botella de tinto. Cuánto le gusta mirar y mirar a la gente, los diferentes lugares, imaginar la vida de esas personas que no lo ven. Por ahí una señorita lo llevó a un médico del seguro. Ariel quedará ciego. «No importa», piensa, «conozco mi Temuco de memoria».

BERTA SALGADO, 56 años, Temuco.

Olor a estallido

El olor a humo impregnado en la ropa como que ya nadie lo siente, se hizo invisible. Ojalá no se haga invisible el olor a lacrimógena.

SERGIO ZÚÑIGA IBÁÑEZ, 41 años, Temuco.

Santiaguino en Temuco

Si va a Caupolicán con Montt, diga que va a Las Brisas; si quiere marraquetas, pida pan batido o francés; a los bolsillos de algún pantalón, dígale «carteras»; la plaza Dagoberto Godoy es «la plaza del hospital»; para un asado de fin de año, compre un cordero vivo; para tomar una micro hay troncal, variante y directo; los niños no juegan en resbalín, sino en el rascapoto; el terminal de buses es el rodoviario; las fondas se hacen en la Isla Cautín, y por último, si quiere un poco de sol, espere hasta diciembre o enero.

ROBERTO ARIAS CAROCA, 32 años, Temuco.

Muuuerta de miedo

Se despertó sobresaltada debido a un estruendoso ruido. Se sentó en la cama y lo escuchó de nuevo. Era un horrible y suplicante sonido, casi como un lamento. Se asustó, se acordó de las leyendas que le contó su abuela esa noche en medio del campo de Chol Chol. Se acurrucó y temblando se cubrió hasta la cabeza. Se quedó pensando el resto de la noche, despavorida. Pobre. No sabía que solo era una vaca.

ANTONIA MANQUE VÁSQUEZ, 15 años, Temuco.

Cuento real

El conde Giuseppe Cortesi era un apuesto joven con más autoridad que el propio rey de Capitán Pastene. Tan temido como amado era y cada noche su palacio se llenaba de nobles y doncellas que bailaban hasta amanecer. Por la mañana, con su traje de mendigo, Giuseppe Cortesi abandonaba su pocilga de latas y cartón para vivir un día más de caridades sin que nadie se explicase qué había hecho con la fortuna que heredó, hasta que una tarde fue encontrado muerto entre toda su pobreza sobre un colchón raído y repleto con el tesoro que acumuló toda su vida.

GUILLERMO CHÁVEZ SEPÚLVEDA, 67 años, Temuco.

Un monstruo en mi habitación

Ahí estaba yo, como todos los días fríos de invierno en Temuco, resfriada en mi cama, cuando de repente veo en la esquina una masa que se mueve. ¿Acaso tiene vida? Enciendo mi lámpara y descubro que es una montaña de pañuelos.

MAROS SANDOVAL BRUN, 15 años, Temuco.

Letras para volver

El tata siempre fue bueno para contar historias. Por las noches prendía velas, dejaba de jugar cartas, se preparaba agüita con harina y empezaba: «Ese día todos lo vimos, pasó un viejito pidiendo la sal que yo le había ofrecido; tenía los ojos profundos, como para perderse en ellos. Me acuerdo que desde aquel entonces nunca más volví a decir esas palabras, el tué tué sí existía». Siempre admiré la forma en que se sumergía en cada sílaba que pronunciaba, como si con cada movimiento de su boca su cuerpo se transformara en otra persona, así como yo ahora.

BELÉN ULLOA LLANQUILEO, 18 años, Carahue.

Paseo de Octavo

MENCIÓN HONROSA

Al Moisés le gusta la Jaquelin pero no se lo ha dicho. Y se le acaba el tiempo. La escuela llega hasta Octavo y el próximo año unos tendrán que irse a Vilcún, otros a Cajón, los menos a Temuco y varios, como el mismo Moisés, ni siquiera seguirán estudiando. Este paseo de curso, entonces, es su última oportunidad. Los adultos preparan completos mientras niños y niñas recorren las dunas y los pinos en la costa de Puerto Saavedra. Moisés aún no le ha dicho nada a la Jaquelin, y quizás no lo haga. Moisés acaba de conocer el mar.

VÍCTOR MUÑOZ CORTÉS, 31 años, Loncoche.

El volcán

Había una vez un volcán que todos iban a ver porque era muy hermoso, al borde tenía un precioso lago lleno de vegetación. Pero el volcán estaba enfermo y un día casi hizo erupción al tratar de estornudar. Los animales estaban muy preocupados, entonces fueron donde el animal más sabio, que era una serpiente de esa zona, para que curara al volcán. Ella le recetó un remedio que era una flor muy especial y difícil de hallar. Todos ayudaron, hasta encontrarla. Se la dieron al volcán y este estuvo agradecido de todos los animales por el resto de su vida.

ANGIE CATRIVIL CANIULLÁN, 7 años, Freire.

El nuevo 9

PREMIO AL TALENTO INFANTIL

Todas las tardes salíamos al parque a jugar fútbol con mi hermano, hasta que esos treiles hicieron su nido justo en la cancha. Lo peor es que cuando la pelota se caía al lado de ellos, no podíamos acercarnos a buscarla porque abrían sus alas y el macho se tiraba a picotearnos. Cuando él no estaba, la hembra mostraba su espolón para ahuyentarnos. Tuvimos que esperar dentro de la casa pateando el balón mientras nuestro papá nos retaba. Los días pasaron muy aburridos hasta que vimos a nuestro nuevo 9 del equipo, un pajarito de patas largas que corría incansablemente.

JUAN ELGUETA PERALTA, 10 años, Temuco.

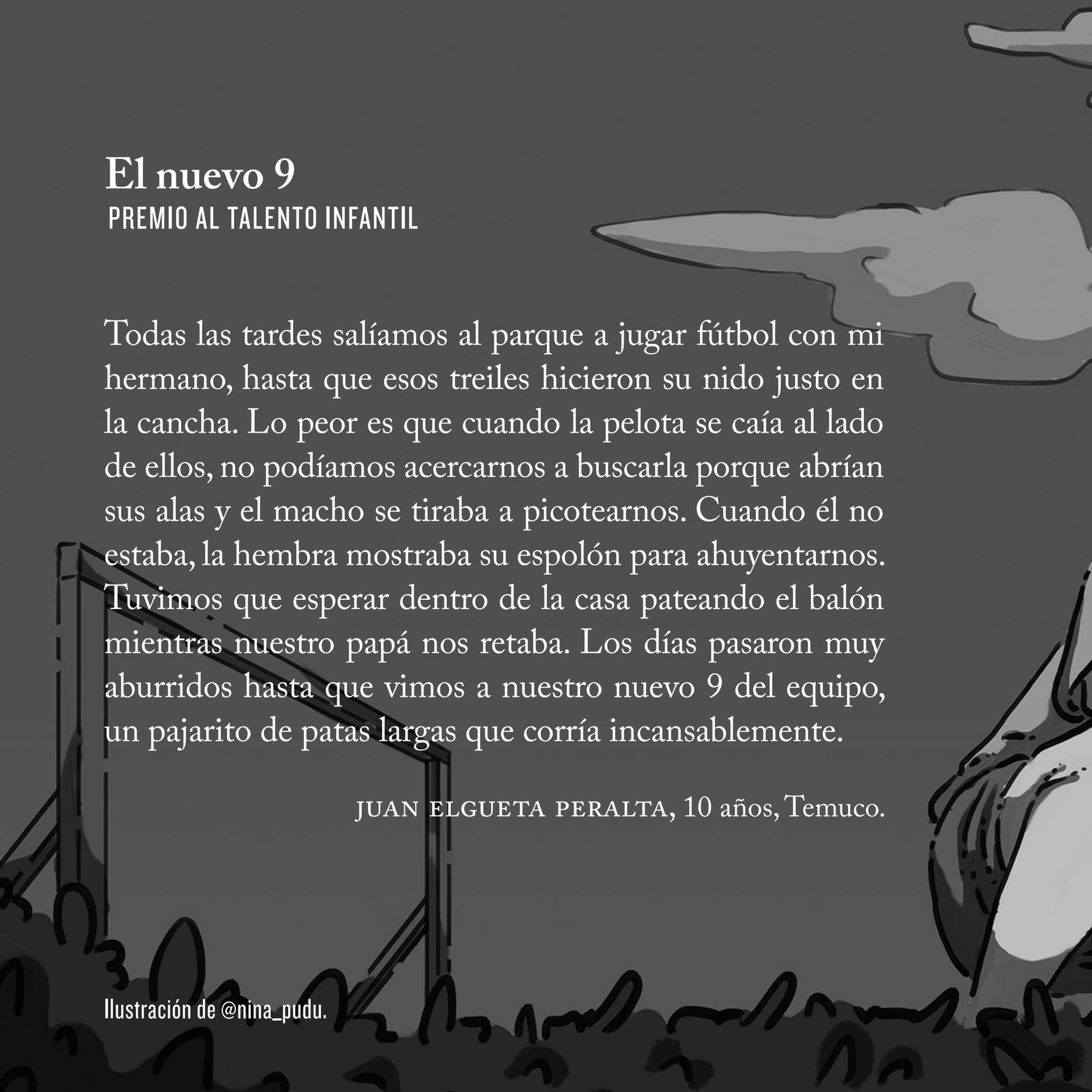

Ilustración de @nina_pudu.

9

Mejor que la Bip

Don Erasmo trabajó veinticinco años arriba de una Metalpar Petrohué que iba de Quilicura a La Reina. Vivió todo lo imaginable arriba de su amarilla regalona: desde partos hasta asesinatos. Todo duró hasta el Transantiago. Le dio una oportunidad un par de meses, pero el pitido del validador y que sus pasajeros ya ni lo saludaran lo terminó deprimiendo. Le hizo caso a un amigo y vendió todo. Ahora sus pasajeros son amigos. Don Era ahora maneja la liebre que va de Imperial a Pancul. A veces le pagan con pollos y harina. Mucho mejor que la tarjetita esa.

JUAN CARLOS POBLETE GONZÁLEZ, 23 años, Lumaco.

El sapito Eluney

Había una vez un sapito llamado Eluney que quería tocar el *kultrun* sagrado de una comunidad. No podía tocar el *kultrun* pues estaba siendo vigilado por guardias. Al sapito se le ocurrió una idea, le pidió a una machi una poción mágica para hacerse invisible. En la noche se escuchó un sonido, como un *kultrun* tocando solo. Todos los peñis pensaron que el *kultrun* era mágico, pero nadie sabía que era el sapito Eluney.

ANTONELLA BARRIGA ROSALES, 7 años, Temuco.

Pronóstico «boutique»

Con gorro, llueve; con falda, hay sol; abrigado, está nublado; y desnudo, hermoso. Lástima que no todas las ciudades tienen un volcán Villarrica que te asesore al vestirte.

PATRICIA GRÜEBLER GOPFERT, 46 años, Temuco.

Profesor rural

Mi amigo ha sido maestro rural toda su vida profesional. Vive en Temuco. Me contó que ha gastado doce motos para ir a clases todos los días de su casa a las diferentes escuelas de la comuna donde ha trabajado. Y aún, el muy fresco, dice que le gusta más el campo que la ciudad. Yo le digo que entonces por qué no se radica en el campo. Me contesta que porque le gusta andar en moto.

FLORENTINO MORALES CUEVAS, 83 años, Angol.

La tormenta

La tormenta empeoraba cada minuto que pasaba, y el pobre músico, muerto de frío al no tener ni un pedazo de leña para encender su chimenea, decidió tocar su violín para mantenerse caliente en esa fría y oscura noche araucana.

SOFÍA ACUÑA BARRIENTOS, 16 años, Temuco.

Los tacos de mi abuela

Cuando mi abuela era joven, tenía los tacos más altos de toda la iglesia en Collipulli. Abrigos de lana peinada, finos vestidos floreados y las joyas de oro más bonitas que he visto. La más blanquita y bonita de todas las dorcas, incluso más que las pastoras. Con ese pelo rubio y perfectamente ondulado con tubos, nadie habría pensado que algún día fue una chiquilla de Mininco, pobre, triste, delgada y descalza a los siete años, recolectando colillas de cigarro para sacarles las sobras de tabaco y llevárselas a un padre alcohólico y opresivo a cambio de comida.

HIBLOT CID MANZANO, 28 años, Collipulli.

De paso

Siempre que llego a casa de mi abuela me golpea con una rama de ruda. Dice que es para espantar los malos espíritus; yo creo que es porque no la visito muy seguido.

CRISTOFER HUIRCÁN HUIRCÁN, 22 años, Temuco.

A orillas del río Cautín

Don Segundo despertó con una sensación de alegría natural, sabía que por la tarde caminaría junto a sus hijos menores a la cancha de Unión Ribereño. Ese día se disputaba la final, a orillas del río Cautín. Sentado en un tronco de la cancha, una copa de vino endulzaba aún más el momento. Diferentes gritos alentaban a cada equipo. Don Segundo observaba cada jugada; de pronto, lo inesperado: su hijo menor tocó la pelota y con fuerza sobrenatural la clavó en el travesaño. Ribereño nuevamente campeón, el orgullo y pasión se apoderaron de don Segundo y de todo Santa Rosa.

YANIRA ÁLVAREZ LANDEROS, 36 años, Villarrica.

Pewen

Planto una semilla sin esperanza. Pasan los meses y espero que crezca. Sigo esperando y muero. Mi hijo sigue esperando lo que yo esperé toda mi vida y muere. Pero entonces el hijo de mi hijo ve cómo crece la araucaria.

MACARENA SANTANA ULLOA, 15 años, Temuco.

Pasos fríos

Se adentró en la oscura noche sin estrellas en el amplio cielo y sin el tenue reflejo de la luna. Miró el cielo cubierto de nubes y sintió la suave y helada brisa chocar contra su mejilla. Continuó caminando, sintiendo cómo lentamente entraba el agua de las pozas por sus zapatos a cada paso que daba y el croar de los sapos, los cuales callaban cuando pasaba cerca. Todo esto solo para llegar más rápido a su casa, en la cual seguro lo esperaba un fuego acogedor, cálido y abrigador, muy tentador para estos días de helado y lluvioso invierno.

IRIS ABURTO CALFIU, 17 años, Gorbea.

Ñielol

Lava y fuego consumían los valles de Temuco, ahí difusos permanecían por la humareda negra y voraz. Rugía el volcán Ñielol, los Wekufe se congregaban para la destrucción, haciendo honor al Hueñauca, que vivía en el centro de los volcanes. El Pillan, enojado por esta afrenta a su autoridad, se reunió con el Ngen y le pidió que los castigara. El Ngen ordenó al Nguruvilu cubrirlos de una lluvia torrencial, así el agua impactó de lleno en el volcán. El Hueñauca y los Wekufe se fueron a esconder dentro del volcán, su lava se solidificó y en cerro se convirtió.

SEBASTIÁN BARENDS FONTENA, 17 años, Temuco.

El blanco olvido

Una vez más el crudo invierno en Lonquimay sepultó en silencio y sin misericordia a cientos de animales y crías recién paridas. Yaco, de solo seis años, de manera inocente abrazó con todas sus fuerzas a Nahuel, un corderito albino de dos meses, para abrigarlo del intenso frío de aquella mañana. Lo apegó al corazón, imaginando que su amor le daría el calor necesario para sobrevivir, pero no bastó. Tristemente, año tras año, las bajas temperaturas, la escasez de forraje y el blanco olvido tapizaron de cuero y lana amarronada el indómito valle nevado de la Región de La Araucanía.

FRANCISCO GALLARDO SAAVEDRA, 46 años, Angol.

Guardianes

Los niños tenían prohibido ir a jugar cerca del *menoko*, con mayor razón al mediodía y al atardecer. El Jonathan y sus hermanos no lo sabían porque venían de Santiago. Por eso les pasó lo que les pasó. Dicen que lo trajeron cargando entre todos y venía con convulsiones y hablando en lenguas. Si no le hacen remedio luego, puede quedar así para siempre. No tienen que haber sabido pedir permiso a los Ngen.

DANTE PÁVEZ LONCÓN, 43 años, Padre Las Casas.

Estaciones

MENCIÓN HONROSA

En los bosques y pantanos que rodean el lago Budi vive un puma viejo. Algunas tardes de verano sale de su guarida a mirar desde lejos al hombre que corta leña. Otras, se queda echado lamiéndose las patas y pensando en su hembra, muerta a tiros en el invierno, sorprendida mientras cazaba un cordero gordo y peludo. En otoño, se dijo, pero tuvo que esperar hasta la primavera para que el hombre, descuidado y silbando, pasara cerca de su escondite.

JULIO PALMA CISTERNAS, 56 años, Melipeuco.

Viajar de pavo

De Valdivia a Loncoche, era costumbre todos los veranos. Mis padres y hermanos éramos muchos para el presupuesto del viaje, había que hacer algo para remediarlo. Ocho era el tope. Yo era el más pequeño de tamaño, así que un canasto enorme sería suficiente. Eso sí, me acompañarían una gallina y un cerdo. Muy incómodo soporté los ochenta kilómetros hasta que mi madre recordó bajar el equipaje.

ALANO LEIVA OYARCE, 65 años, Loncoche.

Rukapillan

Sábado temprano, recorro mentalmente mi lista y chequeo lo indispensable: agua, cortaviento, gafas, polera de cambio, ración de marcha. Veinticinco minutos y llego al parque; mi destino: mirador Rukapillan. El sendero que recorro se ilumina en cada paso y me invita a seguir. El sonido del carpintero repica buscando larvas e insectos para el desayuno. Avanzo, recorro, observo, escucho. Entre las ramas aparece el vapor saliendo del cráter, a medio camino todo ha valido la pena. El disfrute del sendero renueva mi energía y el cansancio no se nota. Unos pasos más y aparece majestuoso e imponente.

CRISTIÁN ESPINOZA SANHUEZA, 34 años, Villarrica.

¿Será cierto?

Un día Juan Mentira escuchó que andaban tiburones en la laguna Huelehueico. Tenía que comprobarlo, así que partió aniñado a ver qué tanto boche con los tiburones que asustaban a las viejas del campo. Volvió agitado, todo mojado, hablando entrecortado y afirmándose de las rodillas. «La cagó, gancho», dijo, mientras le estilaban los pantalones, «me metí en el bote y me lo han *dao* vuelta estas plastas de tiburones. Eran tres, les di con el remo por el espinazo pero nada, así que arranqué. ¡Con el paletó les pegaba *pa* atrás mientras nadaba, tan rápido que ni tocaba el agua!».

VÍCTOR CHÁVEZ VARELA, 36 años, Angol.

Níspero

Bajo su sombra conocí su fantástica familia y con ella aprendí de fantasía. Jamás se me ocurrió que entre sus opacas ramas efímeros bailarines me cantasen sus vivencias, mucho menos imaginé que entendieran el vibrar del trompe. Fue hermoso sentir su presencia cuando les recité los versos de Elicura. A quién podré recitar hoy, si sus ramas tocan el suelo; a quién podré recitar, si en él los bailarines ya no bailan. Pobre árbol, ayer te han lanzado a un abismo, solo, sin bailarines, sin poesía, sin trompe y sin vida.

† TOMÁS HUENCHUPÁN FIGUEROA, 15 años, Temuco.

Warriache

Mülen Temuko warria mu, ayikefiñ mapuzunguken, welu fewla, fantepu mu, ketxoleigün kom pu che ka kizu zunguken inche.

ANDREA CONA PEÑA, 17 años, Temuco.

Gente de la ciudad

Vivo en la ciudad de Temuco, me gusta hablar mapudungún, pero ahora, en la actualidad, toda la gente enmudeció, y suelo hablar solo.

Tren fantasma

Son las cuatro de la mañana. Bajo hacia Santa Rosa y, antes de cruzar, una presencia como relámpago pasa; le sigue el fuerte silbido de locomotora, pero no veo nada.

CAMILA HERNÁNDEZ SEGUEL, 17 años, Temuco.

Cirilo, el ciruelo

Cirilo, el árbol más viejo del patio, se enfermó. Era invierno y la lluvia y el viento solo lo empeoraban. No tenía fuerzas; sus ramas dolían y se quebraban con facilidad. Un día su lamento era tanto que las plantas de su alrededor lo escucharon y decidieron ir en su ayuda. El tusilago le ayudó a respirar mejor, la ortiga mejoró su circulación, la menta su estómago sanó y el toronjil su corazón alivió. Cirilo se sintió tan bien que, llegando la primavera, se llenó de flores y ciruelas que regaló a todas las plantas que lo ayudaron a sanar.

MARTÍN ANGULO VILLAGRÁN, 9 años, Temuco.

Un mate

Al primer mate estaba tan contenta que dijo «gracias».
No le dieron más… Aprendió mucho en Villarrica.

IVÓN RETAMAL PINO, 40 años, Villarrica.

Gorriones

Hay ruido entre casas. Los silencios están escondidos producto de la naturaleza circundante: si un árbol cayese a la distancia, lo oiríamos; estamos rodeados de ellos. Un par de personas sobre sus techos azotan los clavos para que el invierno circule por sobre sus cielos y no entre ellos; desde abajo se escuchan los pasos buscando vigas para pisar con menos temor. Las latas marrones son reemplazadas y se ven volar las malezas guardadas en las canaletas. Pero los gorriones, necios para emigrar, siguen buscando agujeros entre techumbres arregladas. Huyen del clima, de nosotros, aunque compartamos instintivamente los mismos domicilios.

NICOLL BAHAMONDES OBAL, 30 años, Carahue.

La familia

En abril comprábamos víveres donde Latere, único almacén de Curarrehue. Harina, levadura y yerba para el mate, los alimentos principales. Luego cargábamos la vieja camioneta y nos íbamos a la montaña. Allí comenzábamos la recolección de piñones. Era costumbre sentarnos en círculo frente al fuego y cebar mate, sacando de las ardientes cenizas crujientes tortillas. Esas que devorábamos entre relatos y anécdotas. La primera olla de piñones cocidos era solo para nosotros. Los comíamos desde que el agua comenzaba a calentarse. Nunca supe si quedaban al final de la olla. Quizás sea eso la familia: sentarse, conversar y estar juntos.

MÓNICA CORTÉS KUTSCHER, 50 años, Villarrica.

Una noche en el cerro

Me desperté con escalofríos, un ruido arruinó mi calma. Pensé que era un asesino, un violador. Abrí la carpa, temerosa. Vi un perro con una bolsa de Milo en la cabeza.

AMAYA BENAVIDES VALENZUELA, 16 años, Temuco.

Miradas que no se encuentran

PREMIO AL TALENTO MAYOR

Rumbo al liceo, al cruzar la plaza, siempre veo a los cinco: un conquistador español, un soldado chileno, un colono, un weichafe y una machi. Mi profesor de historia dice que se llama Monumento a La Araucanía y que estos personajes representan la historia regional. Quizás, sin pretenderlo, ellos nos están señalando también nuestro presente: cada personaje mira en una dirección distinta.

JOSÉ LUIS SAIZ VIDALLET, 65 años, Temuco.

CMPC Y
FUNDACIÓN PLAGIO
PRESENTAN

ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS

¡Participa en la nueva versión del concurso!
Hasta el 30 de octubre de 2020
en www.araucaniaen100palabras.cl

PRESENTAN

cmpc

FUNDACIÓN PLAGIO | 20 AÑOS

COLABORA

UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

MEDIA PARTNERS

TVN EL CANAL DE CHILE

biobiochile.cl

La oPiñón

EL AUSTRAL
EL DIARIO DE LA ARAUCANÍA

PROYECTO ACOGIDO
LEY DE
DONACIONES
CULTURALES